

nunca?... Si todo aquello fué gloria, ¿por qué nos la enturbia ahora... desde lejos? Nunca me avergonzó el señorito metiéndose á averiguar lo que yo miraba, lo que yo sentía. Callamos siempre los dos. ¡Bien haya lo que callamos! No se arrepienta; no se arrepienta de haber obediendo á la señora; de haber respetado el único bien que yo tenía... Calle ahora, que importa más que nunca, y no se llame á engaño; créame á mí, que he padecido mucho... A veces... para ciertas penas, las mayores, nadie me acompaña á sufrir... Pero mientras soy buena, me parece que no estoy sola. A los malos se les muere el Ángel de la Guarda. Sé buena; pero no como yo lo fui dejándote marchar para caer en la miseria. No seas buena, olvidándote de mí. Lo que yo digo es esto: que no puedo sufrir el tormento de que tú, á quien tanto quiero y necesito, y por esto te hablo de que te necesito y te quiero, padezcas hasta el martirio esta clase de dolores groseros, materiales: la miseria, los trabajos forzados; y la soledad de tu alma en el trato soez, áspero y brutal de estos... desgraciados. ¡Yo no puedo consentir eso! No: no me remuerde la conciencia y me sangra el corazón. Mira como yo te veo; como yo te tengo que ver; para mí, tú eres mi mujer; mi mujer á quien yo por egoísmo brutal, por estupidez, abandoné un día... y que ahora encuentro cubierta de ha-

FERN.

rapos, arrastrando el peso de una montaña de deberes que la oprimen, la humillan, la matan!... ¡La idea de que tienes hambre, de que te... maltrata un hombre, á tí, á mí Teresa! ¡No; imposible! ¡Todo esto va á acabarse!

TERESA (*Fría y solemne.*) ¿Cómo?

FERN. No sé; pero se acaba.

TERESA No olvide, señorito, que siendo Roque quién es, y como es, usted no puede hacernos ningún bien, y puede hacernos mucho daño.

FERN. Pues ¿cómo es Roque?

TERESA Figúrese que hubiera condes y marqueses, de eso que usted decía antes... del... socialismo... ó cosa así; en fin marqueses del orgullo de los pobres. Pues mi Roque es marqués, y duque, y conde. ¿No me entiende? Que para Roque hay clases, y la de usted es maldita; piensa, y no se trata de que tenga razón, sino de que lo piensa, y aquí es el amo, que de los señores no puede venir nada que no manche, que no deshonre sino se lo arranca la justicia del pueblo. Quiere lo que tienen los ricos para repartirlo, ó no sé qué, pero no quiere nada de limosna. ¡Ay de mí, si de usted entrara un bocado de pan en mi casa! En cambio, no más con verle á usted aquí á estas horas, sólo conmigo, ya creería que el señorito se lo había robado todo; porque, en rigor, ¿qué más tiene él que la honra que yo le guardo?

FERN. ¡Ah, por Dios, Teresa, lo que dices! ¡Tu honra... á mí! ¡Ay, cuántas cosas has olvidado!

TERESA Eso, no, nada. Verá cómo recuerdo. Todas las noches, antes de meterse en su cuarto á velar, cuando la señora y yo nos íbamos á la cama, el señorito se quedaba paseando por aquella galería larga y estrecha. Al extremo estaba mi alcoba. Pasaba yo y decía: ¡Buenas noches, señorito! (*Fernando, que tiene oculta la cara entre las manos, inclinada la cabeza, hace signos de asentimiento*) y entraba, y apagaba la luz... y oía sus pisadas que iban y venían... y ni una sola noche me cerré por dentro. Aquello sí que creería yo que era ofenderle... A lo que usted era para mí... no le daba yo nombre... no soñaba con que usted me quisiera; no lo llamaba así, á lo menos. Pero de que estaba bien guardada por aquel centinela, estaba bien segura. ¿Acordarme? ¿'ómo he de olvidar aquella vida, si, cuando Roque grita furioso diciendo que no hay cielo... yo sé que por lo menos lo hubo? (*Esto último lo dirá como ensimismada.*)

FERN. ¡Ay, Teresa!

TERESA ¡Silencio! (*Ha creído oír algún ruido fuera. Se acerca á la ventana del primer término, y escucha; en el silencio de la escena se oirá, hácia la carretera del primer término izquierda, un rumor lejano, desigual, de voces como de disputa,*

algunos gritos más altos á veces; todo vago y sordo todavía.) ¡Ah, bueno fueral (*Se acerca á la puerta, la entreabre y saca fuera la cabeza para oír mejor, y observa.*) ¡Sí, es él; su voz; viene con otros... y ya está cerca! Pero, ¿cómo vuelve tan pronto? Y ya están ahí... ¡Señorito, señorito!

FERN. Pero, ¿qué pasa, qué tienes?

TERESA Perdona, don Fernando; pero... tiene que marcharse. No: y por ahí, dé frente, no: daría con ellos...

FERN. ¿Con quién? ¿Qué es esto? ¡Marchar! ¿Por qué?

TERESA (*Más enérgica.*) Sí, marchar, y sin que le vean; no hay más remedio. ¡Por Dios se lo pido! ¡Por mí... por todos!

FERN. No te entiendo.

TERESA (*Impaciente.*) Pues es bien claro: que viene Roque; que... no vendrá bueno; que no viene solo. Y no ha de verle á usted conmigo; solos aquí, á estas horas. (*Le lleva del brazo hasta la puerta, sin oírle, atenta sólo á los de fuera.*)

FERN. ¿Esconderme... yo huir de tí como un criminal? ¡Nunca! Tu marido, ¿qué puede sospechar?

TERESA Y pronto, pronto. (*Fijándose ahora en lo que Fernando ha dicho.*) ¿Sospechar? Nada. Todo lo dará por seguro; y con él los otros: ¡y cómo vendrá!—Por ahí, por ahí; por detrás del carro, á la carretera, hacia la mina, arrimado al seto...

FERN. ¡Nunca!

TERESA ¡Ahora mismo! ¡Por la memoria de la señora! No podría usted hacerme mayor daño que quedarse! Si no escapa, le juro que estoy perdida. ¡Por la señora! ¡Por lo que más quiera! (*Vuelve á mirar fuera y se vuelve atrás de repente.*) ¡Oh, rabia! ¡Miserable de mí! ¿qué culpa tengo yo?

FERN. Pero, ¿qué es?

TERESA Que es tarde; que ya están ahí; que la luna alumbra traidora, y le verán si sale. (*Mantiene la puerta cerrada y sujeta.*) ¡Don Fernando!...

FERN. Pero... si... parece mentira...

TERESA Parece mentira... y hay que esconderse. Viniendo, como de fijo vendrá; ese infeliz: viéndole gente, compañeros, siendo usted un señor, el que yo llamo el señorito, el que me ha hecho á mi servicio, como él piensa... y á estas horas, aquí solos, juntos, sin él saberlo... y como vendrá... ¡oh! de seguro, no le respeta.

FERN. ¡Cómo se entienda!

TERESA Si no es por usted; si es por mí... por lo único mio que no es un andrajo, una miseria; por esta honra que tan bien guardaban usted y su madre, allí en el palacio de Soto... ¡Porque yo no quiero que mi Roque me crea mala... y haya aquí sangre... y deshonor!... ¡Por esa hija que duerme con hambres! (*Se oyen más cerca los gritos; aparece en el*

primer término izquierda un grupo; en medio de él, Roque, vociferando.

ESCENA VII.

TERESA y FERNANDO en la casa; fuera ROQUE y grupo de MINEROS.

ROQUE ¡Vaya! ¡Basta! No necesito de nadie. Sé andar solo. (*Da algunos pasos vacilantes. El pié herido, lo apoya apenas en el suelo; trae el pantalón destrozado por debajo y el sapato con manchas de barro y sangre y medio deshecho.*) ¡Ah, rayos! (*Grita así al sentir el dolor del pié, que quiere apoyar en tierra. Se inclina para apoyarse en el montón de grava para no caer. Se le acercan los del grupo, que muestran solicitud y animación de gente que ha bebido demasiado.*)

MIN. 1º Vaya, vaya; á la cama. Teresa, aquí tienes á éste; abre.

TERESA (*Que habrá estado como deliberando dónde podrá esconder á Fernando y persuadiendo á éste.*) No, ahí dentro, no; por mal que venga, no se acostará sin ver cómo duermen la niña y Rita. Por ahí tampoco; es nuestro cuarto. No hay más remedio; detrás de esa escalera; en ese banco. Arriba es el pajar; está cerrado... no está aquí la llave; ahí, ahí detrás. ¡Qué vergüenza, señorito, qué vergüenza! ¡Perdón, perdón!

- FERN. Bueno, calla. ¡Pobrecilla mía! No padezcas tanto. No me importa; algo he de hacer por tí. Allí espero.... ¿Allí no irá?
- TERESA No; primero me mata. ¡Pero, por Dios, don Fernando! Que vea usted lo que vea, oiga lo que oiga.... no puede ser nada que me haga más injuria que el salir usted y que se encuentren. *(El grupo de fuera habrá estado hablando confusamente.)*
- MIN. 2º Bueno, adiós. Y santas noches. Mañana.... ya se sabe, ni uno solo á la mina. Todos á la Foz, al monte. ¿Irás Roque.... si te deja la herida?
- ROQUE ¡Rayos! Iré.... y arda el mundo. Y si vienen los guardias, ¡á ellos! ¡Miserables! Son verdugos; son cómplices.
- MINEROS ¡Buenas noches!
- OTROS ¡Buenas noches, Roque!
- ROQUE No, esperad un momento; quiero que se vea.... que se vea.... ¡Teresa! *(Gritando)* que vean que el Chinto miente como un canalla. ¡Teresa! abre de par en par, que pasen estos; que vean que en mi casa no entra, sin mi permiso, á escondidas, ningún burgués intame.... ¡Teresa! ¿No sales? ¿Qué es esto? *[Abre Teresa la puerta. Roque se incorpora con dificultad.]*
- MIN. 1º No seas loco.
- MIN. 3º Estás algo.... ves turbio.
- ROQUE No, veo claro.... para defender mi honra....

- MIN. 1º ¡Bah! ¿Quién piensa....? Aquí nadie dice.... ni nos importa. El Chinto es un mala lengua.
- MIN. 2º Te envidia, porque tienes amigos, partido....
- UNO Y te odia porque le pinchas.
- MIN. 3º Y haces bien; está venido á los de arriba, á los que nos explotan.
- TODOS ¡Buenas noches, buenas noches!
- MIN. 1º Hasta mañana.
- MIN. 3º En la Foz. *[Desaparecen por varias partes, y á paso lento los mineros]*
- ROQUE ¿Estás sorda? ¿Qué hacías? ¿Por qué no vienes? Abre ahí de par en par; que vean todos que en mi casa no hay señores.

ESCENA VIII

TERESA y ROQUE; FERNANDO, escondido.

- TERESA ¿Qué es eso, Roque? ¿Por qué vuelves tan pronto? ¿Qué tienes?
- ROQUE Se han marchado. No quieren entrar; no quieren ver....
- TERESA Entra tú.
- ROQUE ¡Silencio! ¡Déjame! ¡Maldita casa! ¡Maldita mujer!.... ¡Cómo atáis; cómo atáis á la miseria.... y al miedo... al miedo de perder el pan.... y la honra. ¡oh, yo quería ser libre! ¡Para luchar, para vengarme!.... Para no deber á ese miserable, á ese judío.... que me insulta, porque me tiene atado.... porque... Tú tienes la culpa de todo! *[Airado.]*

- TERESA ¡Roque, por Dios, Roque! Entra... ¿No puedes andar? ¿Qué tienes?
- ROQUE ¡Será la borrachera, mujer! ¿Por qué no lo dices? ¿Por qué no me lo echas en cara? Sí, el aguardiente; es eso; el veneno que nos vende el *burgués* para embrutecernos, y volvernos locos... y tener él razón y perdernos. (*Tropieza, y se lastima en el pié herido.*) ¡Ah, rayos!
- TERESA ¿Qué es eso? (*Con ansiedad.*)
- ROQUE ¡Eh! (*Con desprecio.*) Quitá... nada.
- TERESA ¿La herida... otra vez abierta? Entra; entra... (*Quiere ayudarle á entrar.*)
- ROQUE ¡No te acerques... ó no respondo!... (*Entra él sólo en la casa con dificultad; se sienta en el banco junto á la mesa; apoya el brazo en ésta, y la cabeza en la mano.*)
- TERESA (*Entrando.*) Pero yo, ¿qué te he hecho? ¿qué pasa? ¿Por qué vuelves tan pronto? Déjame ver... (*Señalando al pié herido.*)
- ROQUE ¡No te acerques! Y abre esa puerta... que me ahogo; y quiero que todos vean mi casa donde no hay *burgueses*... donde no hay señoritos. [*Se levanta.*] ¡Dígo! Me parece... Habla tú... ¿Hay aquí algún miserable?
- TERESA ¡Por Dios, Roque, deliras!... ¿Qué es esto?
- ROQUE ¡Por Dios! ¡Por Dios! La beata; la santurrón; servil, siempre servil. ¡Por tí todo! ¡Por ser quien eres! ¡Por venir de donde vienes! ¡Ah, no sabes lo que sé!

- El Chinto contaba la historia á grito pelado, en la taberna. ¿No lo sabes? Tu señorito, el don Fernando, ese que para tí era un Dios, un ángel, un santo... ¿qué sé yo! ¡El hijo de tu ama, la que te hizo á tí santa, servil... pues ese, ese... viene á las minas á tenernos lástima; á estudiarnos... y á darnos una limosna á tí y á mí... porque dice el Chinto que fuiste su criada, ¡y eso es verdad! Y que allá en el palacio de Soto, te querían mucho, mucho... demasiado... ¡Rayos! ¡Me engafiaste miserablemente!... ¡Me buscaron á mí... para...!
- TERESA ¡Estás loco, pobre Roque! ¿Tú crees de mí...?
- ROQUE ¡Nada! ¡No! ¡Te mataba! ¡Te aplastaba!... Pero el Chinto lo decía, y yo me arrojé á matarlo... Y basta que lo pueda decir; que tenga algo á que cogerse... Tú siempre con tu señora; con tu palacio de Soto. ¡Yo no quiero mujer! No quiero casa; no quiero honra que guardar; pan que ganar para vosotras... quiero ser solo, y batirme con quien me explota, cuerpo á cuerpo, el burgués y yo. Conspirar; sublevar la mina; y las otras, las del hierro, para hacer puñales y guillotinas, y balas y cañones... ¡quiero sangre! La de tus señoritos santos, que explotan al pueblo... y después lo estudian y le tienen lástima, y le arrojan limosna!
- TERESA Cálmate un poco, Roque. Siéntate. Ese

ROQUE

pie sangra. ¡Dios mío, sangre! Déjame ver. . . . ¿Pero, qué fué? ¿Cómo fué? ¡No te acerques! . . . Yo estaba leyendo. . . leyendo el papel á los compañeros; y el Chinto, en otra mesa, se reía, y cuando le insulté por miserable, por vendido á los que nos explotan, á los amos; cuando le dije que él era un esclavo asalariado del burgués y yo un obrero leal, que me debía á mis ideas, — «Cuéntame entre tus ideas» me gritó el Chinto. — ¿Por qué? «Porque á mí también me debes algo.» — Perdí la vista. . . . así como ahora. . . . que no veo; pero allá, por dentro, ví rojo, ví sangre. . . . Me arrojé sobre el bandido, pero caí á tierra; sentí aquí un dolor, tropecé con no sé qué. . . me sujetaron: y la herida de la mina, del maldito peñasco, echaba sangre, dolía como un infierno. . . . Quise levantarme y matar á aquel hombre, pero no me dejaron. Me sujetaban. . . . y á él la lengua no; y decía. . . eso. . . que tú. . . que el señorito. . . . [Exaltación súbita.] ¡Ah! y todo es posible. Porque los señoritos roban la honra del pueblo como cosa de poco precio. Y tú, tú piensas como ellos; tú te burlas de mí, de mis ideas, me tienes atado, esclavizado. . . . por tí soy yo servil. . . . aquí. . . . en la mina; por tí no tiene pan mi Rita, la que me dejó mi madre, mi pobre Rita enferma. . . . que no me engaña, que nunca fué, como tú, una miserable criada, esclava. . . ¿Callas,

TERESA

callas? ¡es que eres culpable! ¡Hipócrita, defiéndete, que te mato! (*Avanza amenazador con paso vacilante.*) ¡Estás ciego, loco. . . . Roque! Mira lo que haces, loco, ciego! (*Retrocediendo hácia la puerta. Ve á Fernando que sale de su escondite para lanzarse sobre Roque, el cual le da la espalda, persiguiendo con paso difícil á Teresa. Esta, al ver la actitud de Fernando, se precipita sobre el banco que hay junto al hogar y coge el cuchillo que está allí entre pellejos de patatas. Blandiendo el arma contra su pecho, amenaza con herirse con ademán tan enérgico, claro y resuelto, expresión capital que se fía al talento de la actriz, que no deja lugar á duda á Fernando respecto del intento. Fernando vacila, pero al fin retrocede, se esconde, ante la actitud de Teresa.*)

ROQUE

¡Ah! ¿qué es eso? ¿Me amenazas? ¿Tú á mí? Aquí anduvo el señorito. Nunca has hecho eso. Consejos del señorito, ¿verdad? Eso quiero yo: ¡guerra, sangre! No: pero yo no te mato. . . . Espera. . . . espera. . . . me falta algo. . . . la luz. . . . ya. . . . sé. . . . la vara del guardia. . . . allá dentro la tengo. . . . Ya la conoces. . . . se la arranqué á un guardia que azotaba á un minero el día de la huelga. . . . ¿Dónde está, mala pécora? ¡Ay de tí si la has escondido! Si no parece, con esto te aplasto. (*Sacudiendo en la mano la lámpara de minero que estaba sobre la me-*

sa. Sale, arrastrando el pié, tropezando con todo, por la puerta del segundo término de la derecha. Se ha de notar en su gesto, voz y actitudes, que la excitación aumenta por momentos el desvarío de la embriaguez y la ira.)

ESCENA IX

TERESA y FERNANDO. Teresa se deja caer sollozando sobre una silla de paja que hay cerca de la ventana. Fernando sale de su escondite:

TERESA ¡Oh! (*Levantándose asustada al verle.*)

FERN. (*Mostrando el efecto que le ha producido la lucha interior mantenida para contenerse, y no salir antes.*) ¡Basta!

TERESA No; no basta. A la calle; pronto. Huya usted.

FERN. Ven tú.

TERESA ¡Locura, perdición! A la calle; pronto... fuera.

FERN. No; ó visnes ó me quedo... y le mato.

TERESA (*Coge otra vez el cuchillo.*) O sale, ó escapa, ó muero yo; juro por Dios y por la santa señora difunta, que muero yo. Créame, señorito; no he mentido en mi vida... ¡Muero! ¿No me conoce en los ojos que es verdad que muero; que me clavo si él vuelve y usted se queda? ¡Luego ó clavo!...

FERN. Un instante. Soy un hombre. Huir sería de cobarde... ¡Sin defenderte! ¡Sin salvarte!... Va á venir... con la vara del

guardia. ¡Ay, que la ya conoces! ¡Ah, maldito!... ¡Y me dices que ese hombre es bueno!...

TERESA No digo bueno ni malo; es mi hombre; soy suya.

FERN. La vara del guardia.

TERESA Mentira... sueña... está loco... No pega.

FERN. ¡Si pega!

TERESA [*Mesándose los cabellos.*] ¡Pero qué le importa á nadie lo mío! ¡Mi casa es mía! ¡Nuestra vida nuestra! ¡No me ofenda, señorito! ¡Esta limosna tampoco yo la quiero! ¡Pues salga usted ó muere, y muero yo, y morimos todos! (*Vuelve á amenazarse con el cuchillo.*)

ROQUE (*Dentro.*) ¡Teresa! ¿Con quién hablas? Teresa, ¿qué es esto?

TERESA (*Arrebatada por el pavor, coge á Fernando por medio del cuerpo, le impele hácia la puerta, que cierra por dentro con cerrojo y se vuelve de frente á la habitación en que habla Roque. Al arrojar á Fernando, en voz baja, enérgica, dice.*) ¡Fuera digo; fuera!

ESCENA X

TERESA y ROQUE en la casa; FERNANDO fuera.

Roque aparece en el umbral, donde se detiene, apoyándose en el marco de la puerta. Cada vez anda con más dificultad. Dará muestras de gran fatiga, postración sombría, más furor, pero más ciego, incoherente y de difícil expresión.

ROQUE ¿Con quién hablabas?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO FERRAZ"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

32766

TERESA Sola; con tus injurias.

ROQUE No te entiendo. . . no veo. . . Tengo aquí plomo. (*En la cabeza.*) y aquí cien perros de presa. (*En el pie herido.*)

TERESA Déjame ver. . .

ROQUE ¡No te acerques! ¿Qué buscaba yo? ¡Ah! . . . ¡No sé! (*Furioso.*) ¡Si sé! Buscaba. . . á ese; á ese con quien hablabas. ¡Era tu don Fernando! Luego no mentía el Chinto. El le vió en la sombra; en el sendero de la Foz, dijo. . . venía aquí. . . ¡Mala mujer! ¿dónde le escondes? Que salga ese cobarde, ese burgués maldito, que no cree, ¡como ninguno cree! en la honra de los pobres. ¡Claro! Por eso se atreven con nuestras hijas, con nuestras mujeres. "¡Como tienen hambre, no tendrán veriüenza!" ¡Oh! que salga el tuyo y verá si muere, si paga por todos. (*Teresa habrá estado sacando del armario un vendaje.*) ¿Dónde estás? ¿No oyes?

TERESA Sí; aquí. . .

ROQUE ¡Contesta, discúlpate, miserable! ¡Pero no te acerques! Fuera pamemas; no quiero tus cuidados; que venga mi hermana; que me cure ella; á tí te aborrezco. (*Teresa insiste en acercarse inclinada para ver la herida de Roque. Fernando observa, por la ventana entreabierta, con ansiedad. Durante toda esta parte de la escena en que no habla, el actor suplirá con la sobria acción oportuna las palabras que serán inútiles, pues está solo en la calle. Al principio habrá intentado man-*

tenerse en la puerta, para entrar en caso de apuro; pero notará que está cerrada por dentro; mostrará contrariedad, cólera, y se acercará á la ventana, desde la cual seguirá el diálogo de dentro con la expresión y gestos que el actor juzgue del caso.

TERESA ¡Déjame curarte, Roque! ¡Sangras! . . . [*Teresa se arrodilla con una pierna, y así, avanza hácia Roque como pretendiendo cogerle el pie herido. Procura Roque retirarlo, retrocediendo algo, y esquivo á Teresa y llega á amenazarla con la lámpara de minero*]

ROQUE ¡No te acerques, causa de mi desgracia, de mi esclavitud, de mi deshonra. . . servil. . . criada villana, beata hipócrita! . . . ¡No te acerques, ó te mato! ¡Quita! (*Rechaza á Teresa con la mano que empuña la lámpara, y hiere con ella en la frente á su mujer. Brota sangre de la herida. Grito de dolor y espanto de Teresa, que retrocede hácia la ventana, aturdida.*)

TERESA ¡Ay de mí!

FERN. ¡Cobarde! ¡Miserable! (*Desde fuera, metiendo los puños crispados entre las rejas de la ventana. Teresa, que había llevado las manos á la frente, encogida, se hiergue, se lanza á la ventana y la cierra de golpe; se coloca de espaldas á ella como antes hizo en la puerta. Fernando mostrará la ansiedad de su situación, sin osar revelar su presencia; todas sus potencias, en adivinar lo que pasa dentro y no pue-*

de ver; pero sin distraer la atención del público, que debe concentrarse en la casa)

ROQUE [*Cree que fué Teresa quien habló; esto ha de hacerlo más verosímil el actor por el modo de su acción, y mostrando el progreso del mal en Roque, próximo al colapso.*] ¡Gracias al diablo que contestas! Más, quiero eso, eso. . . . ¡Así aplastaré en tu persona las malditas ideas de servidumbre que te enseñó la tunanta de tu ama. . . . la que me endosó esta pécora! . . . ¡Oh! ¿qué es esto? ¡Me ahogo! . . . ¡Teresa! . . . ¡Ven, Teresa! ¡Yo estoy loco! ¡Aquí, fuego. . . y plomo! ¡Plomo! ¡Cómo pesan estos burgueses. ¡pesan sobre mi honra. . . aquí. . . encima del cráneo! . . . ¡Teresa! . . . ¡Mi Palmira! . . . ¡Rita! . . . ¡Madre! . . . ¡Teresa! . . . [*Se desploma y cae al suelo, de espaldas en cruz.*]

TERESA ¡Roque! . . . ¡Roque! [*Se lanza á él; le sujeta la cabeza, que apoya en sus rodillas.*] ¡Ya acabó todo! . . . ¡Ya pasó la tormenta! Pero, ¿cómo pasa! . . . ¿cómo acaba! Y hoy más feroz que nunca. . . . Salió sin cenar, excitado; y allá, ese Chinto infame. . . . ¡Ah! Pero no; no será nada. Será lo de siempre: el pasmo de siempre. ¡Triste veneno te dan esos malditos! ¡Pago yo, pagas tú, todos! ¡Santa madre de Dios. . . . ¡qué vidal! . . . ¡qué vidal! ¡Ah, miseria! ¡Mal haya! [*Voz de lágrimas.*] ¡Todo es la miseria! [*Inclí-*

na la frente sobre el pecho de Roque, cuya cabeza ha dejado suavemente en tierra.) Pero ahora, ¿cómo lo levanto de aquí? . . . ¿cómo lo llevo á la cama. . . yo sola? No puedo con él. ¡Despertar á Rita. . . no! Dios hace que duerman siempre como piedras, No saben nada de estas cosas. . . Rita sí. Algo sabe; pero calla: teme avergonzarme. Hoy no; hoy no ha oído nada. Hoy duerme ella como éste, como el hierro.

FERN, [*Ha notado el silencio del interior; crece su impaciencia: procura violentar la puerta; llama suavemente, y dice.*] ¡Teresa! . . . ¡Teresa! ¡Por compasión! . . . ¿Qué sucede? ¡No puedo más! ¡Abre, ó salta la puerta!

TERESA ¡Ah! ¡Don Fernando! Infeliz; lo que habrá padecido. . . Sí; le abro. . . Ahora no importa. Que me ayude primero. . . y después que marche y que en la vida vuelva! [*Abre á Fernando.*]

FERN. ¿Que es esto? ¡Mi Teresa! ¿Ese hombre? [*Teresa extiende una mano hácia Roque.*] ¡Ah! sí. Ya veo. Al fin, como un leño. Sus vicios hacen justicia á sus crímenes.

TERESA ¡Silencio! ¡Es mi marido! . . . ¡Y es un hambriento! [*Se acerca á Roque como amparándole.*] Anora, está así, porque el hambre, el despecho, el afán, el miedo á la miseria. . . y los que venden veneno á los pobres en aguardiente y en papeles. . . le echaron ahí como un saco. Pero otras veces estuvo igual, sin

dar pie ni mano... porque el gas de la mina le arrojó contra una peña. Y siempre viene á ser lo mismo. ¡Todo es hambre! La suya y la nuestra, que se le sube á la cabeza con el engaño de la traidora bebida....

FERN. Pero tú, tú... ¿por qué has de sufrir?... Yo no lo sufro. Esto se acabó para siempre. ¡No me exijas más! He padecido en estos momentos, más que en toda mi vida. Por tí... he sido un miserabel... ¡Tuve que hacer... lo que haría un cobardel ¡Oh, rabial!

TERESA No. ¡Tampoco ha de insultarse á sí propio! (*Sombria.*) Nadie tiene la culpa de nada. Ahora, á lo que importa. Voy á sacar el jergón de este infeliz. Si le metiera en la cueva en que dormimos se ahogaría. Hoy descansará aquí fuera. Me ayudará usted, señorito... Aguarde un momento. (*Teresa entra por la puerta segunda de la derecha. En tanto Fernando se sienta lejos de Roque y oculta la cabeza entre las manos*) ¡Señorito, ánimo, ea! (*Sale arrastrando un jergón.*) Ayude, y van dos; usted por la cabeza... yo por los pies para que no se lastime. (*Colocan á Roque sobre el jergón en la misma postura que tenía en tierra.*) No hay miedo, no; ahora no despierta. Mañana el pobre Roque no se acordará casi de nada. Algo le picará la conciencia, pero eso se le quita poco á poco sudando en la mina. Si estos son pecados,

harto los purga allá dentro. (*Se arrodi-lla para curar la herida á Roque.*)

FERN. (*Acercándose por detrás á Teresa.*) Pero tú le perdonas... pero tú olvidas... ¡Oh! ¡esta sangre! (*Al ver que le resbala á Teresa por la frente al inclinarse.*)

TERESA Es la suya...

FERN. ¡No! Es tuya....

TERESA Suya ó mía.... no importa; ¡es sangre nuestra!

FERN. ¿Y no aborreces esta vida? ¿No desprecias y maldices al bárbaro y cruel que te maltrata? (*Teresa se pone en pie.*)

TERESA ¡Despreciar! ¡Aborrecer! ¿Con qué derecho? Cómo su pan; duermo en su cama. Él me ampara contra todos. Me aguanta, le aguanto; esta es la vida. Lo que usted ve ahí... no es lo que yo veo. ¡Ay, señorito! Usted que es tan sabio, que ahora estudia á los pobres... nunca comprenderá lo que es el miserable. Yo lo sé, porque soy carne suya, y donde le duele, me duele. Como le ayudo á lavarse el cuerpo, que parece de diablo, cuando sale negro ó encendido de la mina, con el pensamiento le lavo el alma, y se la veo limpia, con cara de domingo; enferma no más del hambre que taldra el cuerpo, y llega á los corazones. ¡Y basta! Y ahora váyase, que aunque duermen como piedras, por milagro podrían despertar Rita ó Palmira, y oírle; y ya es tarde, muy tarde... ¡Oh, qué no-

- che! (*Se siente desfallecer, y cae sentada cerca de Roque.*)
- FERN. (*Se acerca por detrás; se inclina, y le dice al oído*) De todos te acuerdas... menos de mí... y de tí...
- TERESA ¡Basta, don Fernando! ¡Que adiós le digo!
- FERN. Y lo que yo he sufrido y sufro... ¿no es nada?
- TERESA Dios se lo pague, pero hizo lo que debía.
- FERN. Pero fué terrible sacrificio. No importa. Todo está bien. Pero págamelo. ¡Teresa, yo no puedo marchar así! Teresa... sígueme; ven conmigo. Haz algo tú por mí, ven... que yo no puedo dejarte en esta vida de infierno.
- TERESA Esta es vida de purgatorio; de infierno, sería esa otra,
- FERN. Llevaremos á tu hija... duerme; sin despertarla. Tal vez podríamos llevarla...
- TERESA Sí, eso. Robárselo todo. Pero por mucho que le robáramos, no le robaríamos lo que es suyo aquí, en mi corazón.
- FERN. [*Retrocede un paso.*] ¡Bien! ¡Basta! ¡Adiós! (*Va hácia la puerta.*) Con eso lo dices todo. En fin, que á él le quieres, y á mí...
- TERESA ¡Ya lo creo que le quiero! Y á usted, don Fernando, ¿no le quiero? (*Acercándosele, pero llevándole suavemente hácia la puerta.*) Lo que yo no quiero, es que mi señorito padezca sólo... viva sólo allá en el mundo; no quiero que cuando le dé el mal de sus angustias, de las

- ansias, no tenga un regazo en que apoyar la cabeza. ¡Y no lo tiene, no lo tiene! (*Ya estará fuera Fernando. y Teresa en el umbral*) ¡Búsquelo, señorito! ¡Cásese, cátese por Dios; que tenga quien le quiera, quien le acaricie y le consuele en sus angustias!... ¡No, no esté sólo; yo no quiero que mi señorito esté sólo!
- FERN. (*Enternecido.*) ¡Teresa! Pero... ¿y tú?
- TERESA Yo no estoy sola... Y adiós, adiós; no más, no más estar aquí. ¡No vuelva, no vuelva!
- FERN. Por ahora, no. Mi presencia, para tí es duelo, espanto, desgracia. Tu único bien, pobre mártir, es que yo marche. Adiós, adiós; mi dulce, mi pobre Teresa; hija del alma de mi madre...
- TERESA ¡Esol! ¡Esol! La santa madre nos bendiga. (*Según Fernando se aleja lentamente, vuelve el rostro hácia la casa; Teresa, sacando el busto fuera como si quisiera seguirle sin maverse, va dando más expresión de ternura á sus palabras de despedida.*) Hasta... cuando Dios quiera... Buenas noches... (*Ya no se ve á Fernando.*) Buenas noches, señorito.

ESCENA ÚLTIMA

TERESA; ROQUE en tierra.

Después que pierde el ruido de los pasos de Fernando, se vuelve á Roque, aletargado.

TERESA ¡Y tú, mi pobre león! ¡Ah, otra vez la

sangre! ¡Desatada la venda! (*Corre á él; al inclinarse para atar la herida desatada siente la sangre que le resbala por la frente, y le nubla la vista.*) ¿Qué es esto? ¡No veo! (*Lleva los dedos á la frente; ve en ellos la sangre.*) ¡Ah; no es nada! (*Rasga con prisa un pedazo de la venda de Roque que habia desenvuelto; se lo ata como quiera, con fuerza, alrededor de la frente y sigue ligando el pie de Roque, siempre inmóvil, en cruz. Como contestando á su pensamiento.*) ¡Yo aquí! . . . ¡Siempre aquí! . . . junto al hombre de mi cruz! . . . ¡Al pie de mi cruz! . . . que sangra! (*Telón.*)

FIN

BIBLIOTECA DE VULGARIZACIÓN LITERARIA

Publicará, en tomos de 150 á 200 páginas, obras de los Sres. Alas, Balart, Castelar, Echegaray, Giner, Izart, Menéndez Pelayo, Oller, Pardo Bazán, Pi y Margall y otros ilustres publicistas españoles, alternando tales selectísimos trabajos de la literatura nacional con otros originales de los insignes escritores extranjeros Emilio Zola, Edmundo de Goncourt, Paul Bourget, León Tolstoy, Yvan Turguenef, Alfonso Daudet, etcétera, etc.

Las traducciones de obras extranjeras serán inéditas y se publicarán acompañadas de un estudio crítico acerca de cada autor, para que pueda ser lo más completa posible esta labor de educación popular.

La *Biblioteca de vulgarización literaria* no sólo se compondrá de trabajos fruto de la literatura contemporánea, sino que también verán la luz en nuestra publicación obras de Crítica, Historia, Filosofía y Literatura de otros siglos, tanto nacionales como extranjeras.

Director: ANTONIO SOTILLO

AÑO I

TOMO I

BIBLIOTECA DE VULGARIZACIÓN LITERARIA

Clarín

(Leopoldo Alas)

Critica Popular

(CON AUTÓGRAFO DEL AUTOR)



VALENCIA

IMPR. DE F. VIVES MORA

Hernán Cortés, 6

1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sr. Dⁿ Antonio Solís

Mi querido colega: queda pendiente de el indie. Desde luego autorizo y ed. por publicación en tu tomo, de la biblioteca personal, compuesto de artículos mios. Yo tengo e' mucho honor, de mucho que el fraseo sea yo. Yo este el autor que ed. un vide, y pléjue e' Dios que la profundidad no sabe parte de esta noticia de mis por demostros que no lo, o que teno mucho verdad o que soy militar o que en para el corro. Guay, de ellos,

Gerardo Alas

Viado - 2 de Diciembre - 1895

Clarín

(Semblanza literaria)

«... Fuera dejaba yo la marejada de ideas fugaces, de convicciones efímeras, confusas, contradictorias, insípidas ó deletéreas, vivien inconsciente que la moda y otras influencias irracionales traen y llevan por los espíritus débiles de tantos y tantos que se creen librepensadores, cuando no son más que fonógrafos que repiten palabras de que no tienen verdadera conciencia.

Dejaba fuera también ese empirismo antipático que cree nacer de una filosofía y nace de la viciosa vida corriente, sensual y superficial, en la que no hay una emoción grande en muchos meses, ni un rasgo de abnegación en muchos años, ni una lágrima de amor en toda la vida; dejaba fuera la envidia jactanciosa, la ignorancia dogmática... Y aquel espíritu noble y bien educado, clásicamente cristiano, cristianamente artístico, era como un asilo para quien, como yo, flaco de memoria, de voluntad y entendimiento, tiene, por tener algo bueno, un entusiasmo histórico, tembloroso, por la virtud y la belleza, por la verdad y la energía, entusiasmo que unas veces se manifiesta con alabanzas del ingenio y de la fuerza, y otras con reirme á carcajadas, que algunos toman por insultos, de la necedad vanidosa, de la impotencia gárrula y desfachatada, de la envidia mañosa y dañina...»

(Clarín, hablando de Menéndez Pelayo.)

POR esas frases, arriba escritas, que siempre me han parecido sublimes por la salud de alma que revelan, comencé yo á conocer á Clarín. Hasta entonces sabía yo del escritor ingenioso, festivo, satírico y mordaz hasta la crueldad, autor de tanto y tanto paliq, derroche de gra-